



Ciudad del Vaticano (Miércoles, 25-01-2017, Gaudium Press) Continuando con sus enseñanzas sobre la esperanza cristiana, basadas en textos bíblicos, el Papa meditó en la Audiencia General de hoy sobre el ejemplo de Judit, heroína del Antiguo Testamento.

Haciendo un marco histórico, el Pontífice recordó que el libro de Judit narra la historia del poderío creciente de Nabucodonosor, rey de Nínive, quien en la expansión de su imperio llega a sitiar una ciudad de Judea, Betulia, "cortando las reservas de agua y debilitando la resistencia de la población".

"La situación se vuelve dramática, al punto que los habitantes de la ciudad se dirigen a los ancianos pidiendo rendirse ante los enemigos. Sus palabras son desesperadas: «Ya no hay nadie que pueda auxiliarnos, porque Dios nos ha puesto en manos de esa gente para que desfallezcamos de sed ante sus ojos y seamos totalmente destruidos. Han llegado a decir esto: "Dios nos ha abandonado"; la desesperación era grande en esa gente. Llámenlos ahora mismo y entreguen la ciudad como botín a Holofernes y a todo su ejército» (Jdt 7,25-26). El fin parece inevitable", dice el Papa.

Al final el jefe del pueblo decide resistir cinco días más, "esperando la intervención salvífica de Dios. Pero es una esperanza débil, que les hace concluir: «Si transcurridos estos días, no nos llega ningún auxilio, entonces obraré como ustedes dicen» (7,31)".

"Es en esta situación que aparece en escena Judit. Viuda, mujer de gran belleza y sabiduría, ella habla al pueblo con el lenguaje de la fe. Valiente, reprocha en la cara al pueblo diciendo: «Ustedes ponen a prueba al Señor todopoderoso, [...]. No, hermanos; cúdense de provocar la ira del Señor, nuestro Dios. Porque si él no quiere venir a ayudarnos en el término de cinco días, tiene poder para protegernos cuando él quiera o para destruirnos ante nuestros enemigos. [...]. Por lo tanto, invoquemos su ayuda, esperando pacientemente su salvación, y él nos escuchará si esa es su voluntad» (8,13.14-15.17). Es el lenguaje de la esperanza. Toquemos la puerta del corazón de Dios, Él es Padre, Él puede salvarnos. Esta mujer, viuda, arriesga de quedar mal ante los demás. ¡Pero es valiente! ¡Va adelante!", dice el Papa. Judit enseña a no poner "jamás condiciones a Dios".

Dejar que Dios guíe nuestras vidas

"Nosotros pedimos al Señor vida, salud, afectos, felicidad; y es justo hacerlo, pero con la conciencia que Dios sabe traer vida también de la muerte, que se puede experimentar la paz también en la enfermedad, y que puede haber serenidad también en la soledad y alegría también en el llanto. No somos nosotros los que podemos enseñar a Dios aquello que debe hacer, de lo que nosotros

tenemos necesidad. Él lo sabe mejor que nosotros, y debemos confiar, porque sus vías y sus pensamientos son distintos a los nuestros", enseñó el Papa.

Confiar en Dios no significa cruzarse de brazos.

"Es el camino de la esperanza. Sin fáciles resignaciones, haciendo todo lo que está en nuestras posibilidades, pero siempre permaneciendo en el surco de la voluntad del Señor, porque - lo sabemos - ha orado mucho, ha hablado al pueblo y después, valiente, se ha ido, ha buscado el modo para acercarse al jefe del ejército y ha logrado cortarle la cabeza, decapitarlo. Es valiente en la fe y en las obras. Y busca siempre al Señor. Judit, de hecho, tiene un plan, lo actúa con suceso y lleva al pueblo a la victoria, pero siempre en la actitud de fe de quien todo acepta de la mano de Dios, segura de su bondad".

La actitud de fe y esperanza de esta mujer "devuelve la fuerza a su pueblo en peligro mortal y lo conduce sobre la vía de la esperanza", dándonos así una lección también a nosotros. El Papa concluyó su catequesis diciendo que la oración que resume esa actitud de confianza en Dios es la de Jesús en el Huerto: " «Padre, si quieres, aleja de mí este cáliz. Pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya» (Lc 22,42). Y esta es la oración de la sabiduría, de la confianza y de la esperanza".

Con información de Radio Vaticano